



www.loqueleo.santillana.com

Título original: ROBER PE Y LA PANDILLA AZUL

© 2018, Janina Pérez de la Iglesia

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-802-7

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Litografía e imprenta LIL, S. A.

Impreso en Costa Rica

Primera edición: marzo de 2019

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustraciones: David F. Ardila Suesca

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Rober Pe y la pandilla Azul

Janina Pérez de la Iglesia

Ilustraciones de David F. Ardila Suesca

loqueleg

*Para Angélica,
una niña que ama a los animales y los libros.*

Juramento de la pandilla Azul

Juro por mi vida que toda mi vida seré miembro de la pandilla Azul.

9

Juro por mi vida luchar contra el mal.

Juro por mi vida salvar a los que estén en peligro.

Juro por mi vida que jamás dejaré abandonado a un amigo.

Juro por mi vida que esta es mi firma.

Firma: _____

Capítulo 1

Los kikis estrellaron el nido de pájaros contra el andén y comenzaron a pisotear los huevos. 11

—¡Imbéciles! —gritó Claudia a todo pulmón—. ¡Imbéciles!

—Uy, Claudia, ahora sí —dejó escapar Toño como un suspiro.

La piedra vino volando en línea recta hacia mí.

—¡Corran! —ordenó Raúl, y dos segundos más tarde pasaba por mi lado como una flecha, rumbo a la esquina.

Después pasó Toño.

Puedo correr más rápido que Raúl y Toño si quiero, porque soy más flaco que ellos. Pero no quería. A mi lado corría Claudia, y correr al lado de una niña es lo más increíble del mundo, aunque termine con una pedrada en la cabeza.

¡Pof!, hizo la piedra al chocar con mi cráneo. Después, todo quedó a oscuras.

Cuando abrí los ojos otra vez lo primero que vi fue el cielo, enorme y azul, y eso me gustó. Después vi la cara de Claudia, y eso me gustó más aún.

—¿Estás bien, Camilo?

—No —dije.

12 Los ojos de Claudia se notaban enormes.

—¿Estás mal?

—¡Me duele muchísimo! —mentí, porque me gustaba ver a Claudia muerta del susto por mí.

Creo que las cabezas son un poco torpes. La mía no sabe la diferencia entre una orden y una mentira.

Nomás terminé de hablar, sentí que un martillo invisible pegaba muchas veces contra mi nuca.

—¿Estás bien, Camilo?

—¿Estás bien, Camilo?

Toño y Raúl se inclinaban sobre mí. Decidí que ya era hora de incorporarme. Que una chica te vea ahí, acostado en medio de la calle y mirando al cielo, está bien, el asunto queda entre ella y tú y hasta parece romántico, pero que te vean tus amigos ya es distinto.

Bien. Solo traté de incorporarme, porque en verdad no pude. Nomás despegar la cabeza del suelo todo giró alrededor, y caí otra vez y la cabeza dolió más aún.

—¡Aaaaaaaauuch! —grité y vi las estrellas, aunque era de día.

—No está nada bien —dijo Raúl.

—Hay que llamar a la ambulancia.

—¡No quiero que venga la ambulancia! —supliqué con los ojos cerrados.

—¿Alguien tiene un celular?

—No podemos llamar a la ambulancia, somos unos niños.

—¿Y eso qué?

—Vendrá la policía y harán preguntas.

—¡No quiero que venga la policía! —supliqué, con los ojos cerrados aún.

—¿Por qué los niños no pueden llamar adonde quieren? Le diremos a la policía lo que pasó.

—No vendrán.

—¿Por qué no?

—Porque ahora se ocupan de otras cosas, robos o crímenes.

—¿Quieres algo más importante que luchar contra los kikis?

—No llames a la policía. Somos pandilleros.

—No somos pandilleros.

—Somos la pandilla Azul.

—¿Y qué?

—Que sí somos pandilleros.

—¿Y qué? Somos una pandilla buena.

—¿Vas a decirle eso a la policía?

—No quiero que venga la policía —repetí.

—¿Le está saliendo sangre?

—No sé. Vamos a ver.

—¡No me está saliendo sangre! —chillé, y abrí los ojos como dos huevos fritos.

Toño y Raúl me tomaron por los brazos.

Quedé sentado en la calle.

—Mira a ver si hay sangre —dijo Raúl a Toño.

—¡Noooooo! —Toño meneó la cabeza de lado a lado—. No puedo ver sangre, me desmayo.

—¡No seas cobarde! —se enojó Raúl.

—¿Por qué no miras tú?

Raúl apretó con rabia mi brazo derecho y dijo:

—¿No ves que lo estoy aguantando para que no se caiga?

—Yo también —dijo Toño, y apretó mi brazo izquierdo con más rabia aún.

—¡Auch! —volví a gritar, porque ahora me dolían los brazos y la cabeza, todo a un tiempo.

—Son unos niños —dijo Claudia, y se colocó detrás de mí.

Sentí sus manos sobre mis hombros y eso me gustó. Me gustó más que ver el cielo enorme y azul. Pero después Claudia apartó mi cabello para ver mejor, y me dolió, así que solté lo mejor que pude:

—¡Aaaaaaaauuuuuuch!

—Tiene sangre —anunció Claudia mostrando sus dedos.

Toño soltó mi brazo.

—Me voy a desmayar —dijo.



Puso los ojos en blanco y abrió la boca. Estuvo así más de un minuto.

—Acaba de hacerlo —lo apuró Claudia al fin.

—¿Hacer qué?

—Desmayarte. Así podemos llamar a la ambulancia. No es lo mismo molestar por dos moribundos, que por uno.

16 Toño cruzó los brazos.

—Ya no quiero desmayarme —dijo—. Me puyarán. Y no soy un moribundo.

—¿Entonces qué hago? —pregunté, porque esto de llevar la cabeza rota por tanto tiempo no era lo mejor del mundo.

Ellos soltaron a coro:

—¡Hay que llamar a tu mamá!

Entonces vi la luz. Mi mamá siempre sabe qué hacer, aun en las peores situaciones.

—Llámenla —dije.

En la sala de Urgencias del hospital cosieron el agujero de mi cabeza. Regresé a casa en el asiento trasero del taxi. Mi mamá y el taxista hablaban de lo mal que está el mundo, y yo pensaba en Claudia, y en lo valiente que se había portado, a pesar de ser una niña.

Es que las chicas son valientes. Más que los niños. Solo que ellas no lo dicen, se quedan calladas y actúan. Nosotros lo hacemos al revés, decimos que somos valientes, pero al final ni siquiera podemos ver dos gotas de sangre, porque nos vamos de cabeza contra el piso.

Estoy enamorado de Claudia, pero aún no le digo porque soy cobarde, es decir, soy varón.

17

Si Claudia un día de estos llega a enamorarse de mí, seguro que me dice: Oye Camilo, estoy enamorada de ti.

Un día de estos va y ella me dice. Pero, por ahora somos amigos.

En la noche tuve pesadillas.

Soñé que a Claudia se la llevaba un pájaro enorme y oscuro. El pájaro tenía cuerpo de pájaro, pero su cabeza era la cabeza de Damián.

Damián es el jefe de los kikis. Claudia colgaba de sus garras y parecía decirme algo. Yo corría detrás del pájaro Damián, pero nunca llegaba a alcanzarlo.

Finalmente, el pájaro y Claudia desaparecían en un cielo completamente azul.